

Pastillas desde Planalto 10

El estrés es un punto neurálgico en una ciudad capital esencialmente burocrática. Los funcionarios que van y vienen enfrentan día a día las vicisitudes de una política diplomática que se maneja con intereses, artificios y potencialmente privilegios generalmente desmedidos, alentando los elementos más reñidos con la justicia. Pero esas son las reglas del juego y el tema es aceptarlas o renunciar. Por eso se multiplica el mal humor, las rencillas cotidianas, las opiniones que se vierten en desmedro de la buena reputación de los otros, etc.

En medio de todo esto se desarrolla un submundo de servidores de los servidores públicos, que conocen el asunto y lo aprovechan en su beneficio. Por allí surgen emprendimientos unipersonales de quien se instala en la boca del túnel del metrô, con una mínima mesa desarmable de la cual penden sendos carteles anunciando compra de todo lo posible y también de algunos imposibles. El hombre compra oro, vales de alimentación y de transporte y ofrece gestionar liberación del impuesto a la renta, entre otras promesas. Está muñado de su teléfono celular y de una calculadora que pende de su cuello, elementos que manipula ávida y permanentemente, mientras un posible cliente trata con ademanes manifiestos y hablando en voz muy alta, que la cotización de su vale, sea subida un poco más.

Los ómnibus locales son uno de los servicios más desgraciados en el Plano y ciudades satélites. En principio establecen –a pesar del permanente desfile–, una remota posibilidad que realmente alguno lleve al destino que necesitamos. Su costo es sustancialmente oneroso, en relación a otras ciudades, y su descalabrada osamenta que corre hasta que se debe someter al habitual congestionamiento, desarticula los cuerpos de los pobres pasajeros. Eso si fue posible sortear el riguroso molinete de control de pasaje, que se sitúa en la primera parte del vehículo, detrás de los asientos para “idosos”, (mayores de sesenta años) gestantes, madres con niños “en el colo” (en la falda) y “deficientes”, que vienen a ser los discapacitados. Sortear ese maléfico artefacto es toda una hazaña. Luego que el cobrador te habilita el pase, previo pago del boleto, sin que te den ningún comprobante del viaje, debes traspasarlo. El molinete es muy molesto realmente. Tener que andar pasando las mochilas o paquetes a través de ellos no es lo más cómodo del mundo. Y ni qué hablar de los niños chicos. El mayor debe levantarlo en vilo y pasarlo por encima, o trepar por los caños laterales o sortearlo por debajo, para que no tenga que pagar un pasaje que por su poca edad tiene eximido.

Por eso tal vez en algunas paradas de los ómnibus se presentan transportistas particulares que sacudiendo sus llaves ofrecen transporte automotor para cuatro pasajeros y una vez recolectados, realizan su viaje al destino manifiesto.

Algunas de estas cosas se multiplican estos días en que hay un “trabajo a reglamento” de los funcionarios del Metrô, ya que estos vagones de subte, habitualmente bastante periódicos, están demorando entre veinte y cuarenta minutos su frecuencia.

Estas vicisitudes nos están ahora distrayendo de la segunda vuelta electoral, prevista para el domingo 31 de octubre, en la que se juegan la presidencia Dilma Rousseff, del Partido de los Trabajadores y José Serra, socialdemócrata de la oposición. No está siendo fácil la disputa para ninguno de los dos y se va sumando violencia verbal y agresividad multiplicada en la campaña. La encuesta Datafolha publicada el sábado por la noche confirma el favoritismo de la candidata del presidente Lula, que recibe un 48% de la intención de voto, pero también un ascenso del llamado “tucano”, Serra, con 41%. Se espera el nuevo debate con aparente indiferencia, pero habría que ver, en el fondo, ya que de alguna forma es un verdadero espectáculo. Por 88 votos a 4, el Plenario Nacional del Partido Verde decidió que no prestará apoyo a ninguno de los candidatos que disputan el segundo turno. Su ex elegible Marina Silva se negó a decir a quien votaría, argumentando “que el voto es secreto”.

A nivel local, acá en Brasilia, el candidato del PT, Agnelo, recibe ya más de un 60% de las voluntades de voto, dándose casi por confirmada su elección a gobernador, sobre una débil Weslian Roriz (esposa de quien fuese 4 veces gobernador de Brasilia y cuya candidatura fue impugnada por la justicia electoral, tema que le obligó a ponerla “a dedo” en su lugar), que para asombro y vergüenza de todo el mundo, resignó el debate con su oponente y declinó participar. Mientras tanto llueve todos los días, en variados horarios y con distinta fuerza, desde un chubasco hasta una tormenta, así la cosa, como que a pesar de que el Partido Verde no triunfó, el césped reluce maravillosamente y los árboles de mango que pueblan las avenidas, ya empezaron a volcar sus frutos. **Roberto Bianchi, Brasilia, 22 de octubre de 2010.**